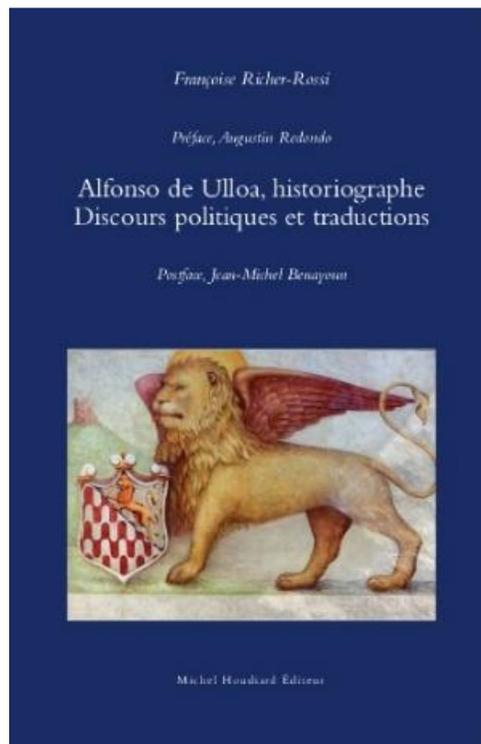


Françoise Richer-Rossi, *Alfonso de Ulloa, historiographe. Discours politiques et traductions*. Préface Augustin Redondo, postface Jean-Michel Benayoun. Paris: Michel Houdiard Éditeur, Colección «Langues, cultures et représentations », 2018. ISBN: 978-2-35692-170-3. 477 pgs.

Reviewed by: Encarnación Sánchez García  
Università degli Studi di Napoli L'Orientale, Napoli



Constituido por un estudio de 319 páginas y por una serie de anejos, el libro de Françoise Richer-Rossi sobre Alfonso de Ulloa, como escribe Augustin Redondo en el prefacio, aporta respuestas esclarecedoras a varios aspectos de la trayectoria humana y profesional de este español transplantado a Venecia.

El estudio, dividido en tres partes, indaga la labor del autor como historiador, publicista y traductor, aportando una novedosa y articulada interpretación sobre la modulación imperialista del conjunto de la producción analizada; la autora atribuye justamente una dimensión original a aquel “modo” ideológico, que resulta, hasta cierto punto, derivado y favorecido por la localización veneciana en la que se desarrolla casi la totalidad del trabajo intelectual del autor.

El rico ajuar que completa la monografía, además de constituir una especie de andamiaje del discurso crítico, aporta un aparato muy variado, con documentación dedicada a las fichas bibliográficas descriptivas de las obras estudiadas (anejos 1 y 2, 326-343), cartografías (anejo 3, 344), materiales paratextuales contenidos en las ediciones príncipes de las obras del autor y en otras de relevante interés relacionadas con ellas (anejos 5 y 6, 352-400), así como una útil cronología evenemencial contemporánea referida al Sacro Imperio, a España y a la República de Venecia, (345-351) y algunos

materiales documentales -cartas, en su mayoría- que arrojan luz sobre el desastrado epílogo vital del escritor (anejos 7-12, 401-417); cierra este suplemento documental una nota periodística del 2009 en la que se citan pasajes de la carta de Solimán el Magnífico a Francisco I, durante su prisión en Madrid: un pintoresco guiño contemporáneo al carácter ‘de actualidad’ que caracteriza la obra de Ulloa (periodista *avant la lettre*). La bibliografía dedicada a las obras de referencia y otra dedicada a las obras antiguas citadas completan el trabajo, junto con un muy útil índice de nombres.

Aún sin detenerse especialmente en la labor editorial de Ulloa, por quedar fuera del tema de su investigación, Richer-Rossi, al principio de la Parte primera, no deja de reseñar, apoyándose en estudios como el de Rumeu de Armas y el de Anne-Marie Lievens, esta parte tan importante del trabajo de Ulloa, que cuida ediciones de obras literarias castellanas modernas, que se revelarán *best-sellers*, gracias a su fructuosa colaboración con Gabriele Giolito de’ Ferrari; la trascendencia de esta colaboración aparece bien esbozada, lo que constituye uno de los novedosos resultados de este trabajo.

Son estos primeros años de actividad veneciana de Ulloa (1553-1556) los que le consintieron un progreso intelectual y un salto de su cualidad profesional: el joven español pasa de ser agente editorial a ser autor de libros de historia dedicados a grandes protagonistas de su tiempo. No es casual la predilección por las biografías que Ulloa muestra desde el principio, una predilección muy bien calibrada entre motivaciones políticas y oportunidades comerciales. En efecto, las tres biografías originales dedicadas al Emperador Carlos V, a su hermano Fernando I, rey de Romanos, y a Ferrante Gonzaga -punta de lanza de los partidarios del Emperador en Italia- constituyen la mayor aportación de nuestro autor a la historiografía renacentista y demuestran la flexibilidad de su quehacer y la atención al mercado que siempre presidieron su trabajo creativo y redaccional.

La parte más poderosa del libro de Richer-Rossi se dedica precisamente a la indagación de las tres obras biográficas de Alfonso de Ulloa: las vidas de ésta que podríamos llamar Trinidad asbúrgica (en primer lugar, el Emperador Carlos, y en segundo y tercero los mayores ejecutores de su política en Italia -Ferrante Gonzaga- y en los territorios centroeuropeos -su hermano Fernando I-). Estas biografías de Ulloa son pioneras en Italia y, ciertamente, fueron escritas para colmar un vacío y responder a una demanda político-cultural y comercial.

Las tres biografías demuestran, además, que Venecia era al principio de la década de los sesenta del Cinquecento la mejor atalaya desde la que escudriñar y dar a conocer a los principales protagonistas imperiales en el momento en el que se cerraba una época, con la salida de escena del Emperador. Venecia, por su posición geográfica central entre el Imperio de Carlos y la Gran Puerta y por su independencia política respecto a ambos constituía una especie de agujero negro donde precipitaban materiales, noticias, intereses contrastantes, un agujero de cuyas simas la Serenísima restituía, gracias a su todavía boyante industria librera, productos editoriales en condiciones de dar cuenta, en nuevos moldes formales, de los principales agentes de aquellos imperios. Respecto a Carlos, Venecia se erige con Ulloa en el *scriptorium* desde donde se consigna al mundo un balance de la política imperial carolina; pero, hasta cierto punto, el esfuerzo interpretativo del escritor va más allá e involucra a los otros agentes mundiales (por una parte Portugal, del que Ulloa se ocupa con su traducción de la obra de Joao de Barros, y por otra, la Gran Puerta, sobre la que propone la obra de Giovio *Commentario delle cose de’ Turchi* en la

versión manipulada por Díaz Tanco de Frexenal, *Palinodia de los turcos*, a su vez corregida y retocada por Ulloa en una operación editorial interesante).

Naturalmente, lo más valioso es su propia obra original: señala muy bien la autora que las tres obras históricas de Ulloa están compuestas a partir de una metodología que depende de la tradición clásica de los anales; este modelo queda injertado y renovado por una mirada unificadora, como impone el modelo biográfico humanístico. Y es aquí donde, en mi opinión, posiblemente se hace más fecundo el influjo de Giovio sobre Ulloa, un magisterio, además, muy difuso, del que Françoise Richer-Rossi deja constancia en numerosos pasajes de su obra (Giovio aparece citado 25 veces).

Así pues, aunque el libro se centra en la obra historiográfica de Ulloa, su misma articulación argumentativa afecta a la totalidad de la producción literaria del español, a la cual -más allá de que aparezcan citadas ciertas entradas a lo largo del discurso de la autora- son aplicables algunas de las aportaciones de su trabajo. Entre estas aportaciones quiero destacar *in primis* el que la autora haya sabido bosquejar en filigrana su figura de intelectual, la soledad a que lo aboca su elección de Venecia como espacio profesional, el esfuerzo continuo de Ulloa por superar su aislamiento, cultivando amistades y asegurándose protecciones, mientras alimenta su autoestima con la heroización de su tío Álvaro de Sande y el recuerdo luminoso de su padre, del que destaca que acompañara al conquistador de México en la jornada de Trípoli: son aportaciones que afectan al conocimiento del hombre y que restituyen una imagen nítida del extremeño. Al mismo ámbito pertenece también el muy buen esbozo que Richer-Rossi traza de la derrota personal de Alfonso de Ulloa, metafórica en su desastrado final: la fortuna (*deus ex machina* de la primera historiografía humanística italiana, y, en cierto modo, principio todavía activo en las visiones del mundo de los historiadores italianos en los que Ulloa se inspiró) se ensaña contra el autor hasta conducirlo a una muerte dramática, pero no ominosa: las cartas de Felipe II al embajador Diego Guzmán de Silva y al *doge* Pietro Loredan que oportunamente han quedado acogidas en los apéndices (anejos 10 y 11) llegaron tarde, pero rescataron de la oscuridad si no la vida, sí el honor de Ulloa; las dos últimas misivas confirman la fama de parsimonioso de Felipe II pero también su humanidad y un ejercicio de su regalidad muy modesto, minucioso y directo. Hace bien Françoise Richer-Rossi en atenerse a los hechos y a las noticias oficiales sobre los motivos de la prisión de Ulloa, sin acoger las hipótesis de algunos investigadores, no confortadas por datos documentales; pero estas razones oficiales -el no haber pedido permiso para una publicación en hebreo- hacen más humana y piadosa la intervención de Felipe II, que pide la libertad del autor, aunque la prisión se produjera por una infracción de las leyes internas de Venecia.

La autora remacha muy bien que es precisamente la parábola vital de Ulloa la que da cuenta de su concepción ideológica y de su producción intelectual como autor: sus escritos originales, sus trabajos como cuidador de ediciones, sus traducciones, y la visión histórica que sostiene toda esa obra, están fuertemente condicionados por su experiencia exclusivamente *extra moenia*, lejos de su tierra nativa y del Toledo en donde parece haber pasado su primera adolescencia.

Así pues, obra y visión histórica de este prolífico e interesantísimo publicista e historiador se generan ambas en la capital de la República, donde, con increíble seguridad y desparpajo, consigue abrirse camino en uno de sus ambientes más dinámicos: el de su gloriosa imprenta, todavía pujante pero que, ya en este Secondo Cinquecento, empieza a

resentirse a causa del protagonismo de la gran industria impresora del centro y centro-norte de Europa; en esta coyuntura, el mundo editorial veneciano parece jadear, obligado como está a responder a una demanda urgente que satisfaga la exigencia creciente de obras de historia contemporánea por parte de un vasto público no especializado, lo que obliga a los talleres a producir deprisa y a precios contenidos.

La atención al presente, percibido como más interesante, más notable y más glorioso del pasado clásico, se ha apoderado ya del medio cultural veneciano cuando Ulloa se instala en la Serenísima; y es en este medio donde se va modelando su competencia profesional: Ulloa había llegado muy joven a la Señoría, cuya imprenta supo sacar muy buen partido de la sintética formación intelectual del joven español. A propósito de esta formación de Ulloa (en cierta manera, deficitaria), Françoise Richer-Rossi sostiene que no hay elementos suficientes para afirmar que Ulloa conociera el latín, cosa razonable en un autor que no había frecuentado las aulas universitarias; a pesar de ello cabe la posibilidad de que su propuesta editorial titulada *Historia di Zighet* sea una simple traducción del alemán o del latín -como afirma Chiara Maria Carpentieri y la autora, distanciándose de la opinión de Rumeu de Armas. A tal propósito creo que, aunque en el ambiente de un sistema carcelario relajado, cual el que tuvo Ulloa -según sus propias declaraciones en las cartas al rey Felipe-, pudo tener ocasión de encontrar a un traductor del latín -o del alemán- que le hiciera una primera versión al italiano, no hay que excluir, en efecto, que Ulloa tuviera un rudimentario conocimiento del latín, que le consentiría leer en dicha lengua; en efecto, parece haber cierta tendencia suya al autodidactismo que pudo muy bien empujarle a aprender la lengua de Cicerón estando ya en Italia: no hay que subestimar el ambiente de efervescencia intelectual en que se mueve nuestro autor. La autora recuerda que entre sus principales modelos (quizás el principal), estuvo Paolo Giovio, que escribió casi toda su obra en latín. Ciertamente, Ulloa manejaría las traducciones italianas de Domenichi de la obra magna de Giovio, pero, con todo, quizás lo leyó también en la versión original; y es evidente que no se puede descartar una competencia lectora latina, que no era difícil de adquirir *in progress*, aún careciendo de una formación académica sistemática.

Lo que está muy claro es el compromiso de Ulloa con el llamado *Umanesimo volgare*, que admite, a partir de cierto momento del Cinquecento, la necesidad de abandonar el latín como lengua vehicular de obras históricas, con vistas a ampliar la base social de los lectores de este género. No depende, pues, tanto del hecho de que estas obras se ocupen de historia contemporánea (y la prueba la ofrece el ya citado obispo de Nocera, que escribe en latín los *Sui temporis historiarum libri*, así como biografías de hombres ilustres: el Gran Capitán, el marqués de Pescara, etc); depende del público al que se pretende llegar y al que, efectivamente, se llega con el nuevo soporte en lenguas modernas. Ciertamente el origen español de Ulloa pudo influir en aquel compromiso con el *volgare* y con el romance castellano, pues la dignidad científica del español tenía ya una larga e ilustre tradición a las alturas en que el autor empezó su labor veneciana.

En relación con esto, no está de más aclarar la aportación al *umanesimo volgare* por parte de Ulloa: es muy interesante que las ediciones de las grandes obras del primer Renacimiento cuidadas por él (la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, del 1553, la *Questión de amor* del mismo año, el *Orlando furioso* también de ese mismo año y el otro de 1556), contengan apéndices con vocabularios español-italiano y algunas reglas sobre la lengua de Nebrija. Es un testimonio precioso sobre la pervivencia en los años '50 del

Cinquecento de la idea que con tanta autoridad había ilustrado Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua* a finales de 1535, a propósito del servicio que la gran literatura del primer siglo de oro, incluidas las traducciones de otras lenguas, prestaba al aprendizaje del castellano en Italia.

Otros literatos especialmente activos en la reivindicación del *volgare* como vehículo de cultura estuvieron también al servicio de Gabriele Giolito y a sueldo: compiladores, traductores, correctores, a menudo huéspedes en su casa, como ocurrió con Ludovico Dolce, amigo de Ulloa, que tuvo el cargo de *curatore redazionale di testi* para los Giolito hasta su muerte (1568), y que se sirvió del tipógrafo veneciano para publicar sus trabajos. Massimo Ceresa, biógrafo de Giolito, ha sostenido hace unos años que

collaborarono con il Giolitto anche A. Brucioli, L. Domenichi, F. Sansovino, F. Baldelli, R. Nannini, T. Porcacchi da Castiglion Fiorentino, O. Toscanella, F. Turchi, Alfonso de Ulloa. Tutti costoro erano soprattutto esperti di letteratura volgare, e la loro scelta era in sintonia con l'intenzione del Giolitto di rendere fondamento principale del suo commercio opere in lingua. Era una scelta non del tutto esente da rischi, in un periodo nel quale ancora molti osteggiavano il volgare e aborrevano i volgarizzamenti, ritenuti profanazioni.<sup>1</sup>

Es este el marco en el que se sitúa la extraordinaria tarea de Alfonso de Ulloa.

Así pues, el precioso trabajo de Richer-Rossi se enmarca en el rico filón de estudios dedicados a la actividad editorial veneciana en lengua española así como a la producción librera véneta de interés hispánico, impresa principalmente en italiano como resultado de traducciones del español o de redacciones originales en dicha lengua. Se trata de un ámbito en el que, a pesar de estudios importantes -con hitos como la vieja y siempre útil *Bibliografía espanyola de Italia* de Toda y Güell, los trabajos de Franco Meregalli y de Anna Bognolo o los estudios dedicados a Alfonso de Ulloa por Antonio Rumeu de Armas y Anne-Marie Lievens- queda mucho por indagar, sea a propósito de actores ya identificados de la importancia de Francisco Delicado o del mismo Ulloa, sea por lo que se refiere a otras figuras menores que siguen permaneciendo en la sombra (de alguna de ellas nos da apasionantes instantáneas Françoise Richer-Rossi).

De entre la serie de ediciones de las obras históricas que estudia, la autora destaca, en primer lugar, la *Vita dell'Imperator Carlo V*, editada en 1560 por Vincenzo Valgrisi, el impresor de origen francés que había iniciado su labor veinte años antes «*Al segno di Erasmo, in merceria, presso l'horologio di S. Marco*», dotado de gran espíritu de iniciativa. Valgrisi llegó a publicar más de 200 ediciones y, entre 1549 y 1551, tuvo imprenta contemporáneamente en Venecia y en Roma. Su catálogo es, como el de casi todos los editores venecianos contemporáneos, rico de obras de muy diverso tipo, en su caso, especialmente de género médico y botánico. El mismo año en que publicó la *Vita dell'Imperator Carlo V* imprime también una obra musical. En la misma imprenta sale la segunda edición de esta obra de Ulloa en 1562, y la tercera -ya dedicada a Felipe II, en 1566-, así como la cuarta, en 1573, cuando Vincenzo Valgrisi ya debía haber muerto, pues desde 1572 la tipografía estaba en manos de su heredero Giovanni, que edita también la *Vita* en 1574.

<sup>1</sup> *Dizionario Biografico degli Italiani*

Esta imprenta siguió activa hasta principios del siglo siguiente (en manos de hijo menor de Vincenzo, Felice Valgrisi, desde 1582) pero con una pausa en 1575, lo que podría explicar que, ya muerto Ulloa, la siguiente edición se publicara en el mismo 1575 «*en la Bottega de Aldo*» -es decir con los herederos de Aldo Manuzio- que acababa de abrir de nuevo, después de unos años de inactividad: Paolo Manuzio, hijo de Aldo el viejo, estaba en Roma desde 1561, llamado por Pio IV a dirigir la Stamperia del Popolo Romano. Cuando la ilustre imprenta del áncora y el delfín vuelve a abrir por iniciativa de Aldo Manuzio il Giovane, nieto de Aldo il Vecchio, el taller tipográfico es gestionado por Nicola Manassi (dadas las numerosas ausencias de Aldo il Giovane, que se dedicaba más que a la actividad editorial a la enseñanza -cátedra de retórica en Bolonia- y a los estudios), pero es posible que el prestigioso editor se interesara personalmente por la obra de Ulloa, pues es notoria su afición al género histórico biográfico, como demuestran sus obras *Vita di Cosimo I de' Medici* (1586) y *Le Attioni di Castruccio Castracane* (1590).

Rumeu de Armas no recoge esta edición aldina, por lo que hay que agradecer mucho a Françoise Richer-Rossi esta importante aportación. La relación con la más ilustre de las imprentas venecianas fue pasajera: la siguiente edición de la *Vita* aparece con gli eredi di Francesco Rampazzetto -al cuidado de Lorenzo Picchi- en 1581; Aldo il Giovane estaba ya en Roma, dirigiendo la Stamperia vaticana, por voluntad del Papa Clemente VIII.

Con la más modesta imprenta de los Rampazzetto, que se encontraba en Calle della Rassa, tendría Ulloa una relación intermitente. En realidad, la constelación de imprentas venecianas con las que publica son la expresión más clara de su dinamismo, casi frenético: Bevilacqua, Franceschini, Grillo, Bolognino Zaltieri, Domenico Farri, se alternan con editores famosos como Sessa y Gabriele Giolito. Sobre todo con éste es interesantísima la relación de Ulloa, pues Gabriele, que heredó la profesión de comerciante de libros de su padre Giovanni, vuelve a abrir la imprenta paterna en el 41 y publica obras de literatos contemporáneos, muchísimas de materia religiosa en vulgar, obras de piedad y de práctica devocional, no textos bíblicos. La mejor época del arte del Giolito va de 1545 a 1555, por lo que las primeras publicaciones de literatura española renacentista cuidadas por Ulloa de las que ya hemos hablado, se colocan en los últimos años de esa época dorada de Giolito.

Hacia la mitad del siglo empezaba Venecia a recibir los dictados de la Contrarreforma: la Inquisición y la censura iban a ser cada vez más severas. Giolito abandona entonces la publicación de obras de entretenimiento y funda una colección de obras históricas, la “*Collana Istorica*”, iniciativa genial dedicada a historiadores clásicos, que se abre con ediciones de Polibio y Tucídides: a nadie se le había ocurrido hasta ese momento la idea de la colección de libros de determinada materia, que tanto éxito iba a tener a partir de entonces. Es probable que en la *Accademia* de Giolito -que se celebraba en la misma casa donde vivía el impresor y donde tenía la *bottega*- mejorara Ulloa su formación histórica. Esto quiere decir, que, si atendemos a las fechas, vemos que el nuevo proyecto de Giolito a la vez que alejó a Ulloa de su fecunda colaboración en este taller-academia, al no poder él colaborar en una colección filológica como era la dedicada a los autores clásicos, debió de darle impulso y pudo resultarle de ejemplo para dedicarse él mismo también a la historia (naturalmente en romance castellano y sobre los Austrias y el Gonzaga). La ‘*bottega*’ estaba en Rialto, en el barrio de San Apollinare, pero Gabriele

tuvo sucursales de venta en Nápoles, en Bolonia y Ferrara, lo que seguramente ayudó a la difusión de los textos de Ulloa editados por él.

También con Sessa (una de las cuatro familias que dominaron la imprenta veneciana del siglo XVI, junto con la de los Manuzio, Giunta y Scotto) llegó a publicar Ulloa. Melchiorre il Vecchio se interesó de obras religiosas, literarias y de clásicos latinos hasta 1525 y publicó numerosas ediciones ilustradas, lo que supuso continuos contactos con artistas. Melchiorre se caracterizó por su interés en obras de larga difusión, más que de carácter erudito. Sus seis hijos heredarían la imprenta que estuvo abierta hasta 1600, y es con ellos con los que publicó Ulloa textos más modestos, de carácter informativo y de consumo inmediato, como son las relaciones *Historia dell'impresa di Tripoli* (1569) y la *Relatione della morte et esequie del serenissimo Principe Carlo* (1569). La última tarea de Ulloa, también modesta, reseñada en el libro, *Le istorie del signor Agostino di Zárate* de 1563, cierra el círculo mágico de su relación con Gabriele Giolito, con sucintas noticias sobre la conquista del Perú, en testimonio de sus intereses informativos globales.

Esta reseña del libro de Françoise Richer-Rossi lo deja casi intonso en las manos del lector, pues no ha entrado en el mérito de lo que constituye su mayor aportación: el análisis del discurso historiográfico en manos de Ulloa, la identificación de los modos y de las estrategias utilizados por él en su propuesta de la historia carolina.